

## Notas libres sobre la naturaleza del saber histórico

Es necesario que el estudioso de la acción humana en sociedad conozca responsablemente la índole y naturaleza de los datos, conclusiones y objetivos fundamentales de su tarea. Esta necesidad es más imperiosa en aquellas disciplinas que como la economía, la historia, la sociología y otros estudios afines, viven próximas a las fuentes de la acción política. En un mundo que cambia aceleradamente y en el cual la comprensión de los determinantes de la acción humana no es nunca algo prístino, estas tareas se imponen con mayor urgencia. Para plantear esta actitud, en los últimos años han aparecido numerosos trabajos de gran importancia dedicados a examinar la naturaleza de los estudios y de los conocimientos históricos (1). Estas notas libres han sido preparadas con la misma intención general.

(1) Ver, por ejemplo E. W. Strong, *Theories of History*, *The Journal of Modern History*, march, 1961; Pérez Zagorin, *Historical Knowledge: a Review Article on the Philosophy of History*, *The Journal of Modern History*, september, 1959; Kurt von Fritz, *Aristotle's Contribution to the Practice and Theory of Historiography*, University of California Press, 1958; H. R. Trevor-Roper, *History, Professional and Lay*, Oxford, 1957; Karl Popper, *The Open Society and Its Enemies*, 2 vols., London, 1957, y también, *The Poverty of Historicism*, London, 1957; John Hermann Randall, *Nature and Historical Experience; Essays in Naturalism and the Theory of History*, New York, 1957; C. Vann Woodward, *American Attitudes Toward History*, Oxford, 1955; Geoffrey Barraclough, *History in a Changing World*, Oxford, 1955; Herbert Butterfield, *Man on His Past*, Cambridge, 1955; Isaiah Berlin, *Historical Inevitability*, London, 1954; Marjorie L. Burke, *Origin of History as Metaphysic*, New York, 1950; William M. Green, *Augustine on the Teaching of History*, University of California Press, 1944; Manuel García Morente, *Ideas para una Filosofía de la Historia de España*, Madrid, 1943; Francisco A. Encina, *La Literatura Histórica Chilena y el Concepto Actual de la Historia*, Santiago, 1935; Michael E. Oakshott, *Experience and Its Modes*, Cambridge, 1933.

El deseo de conocer el futuro ha sido siempre una motivación fundamental del intelecto humano. Sociedades elementales inventaron rituales relativamente complejos y acordaron prácticas y creencias religiosas diversas en un esfuerzo consciente por penetrar el misterio del mañana. Otros grupos humanos contemporáneos —algo más avanzados— apenas se han alejado del nivel de lo supersticioso: hoy día la astrología goza de gran popularidad y el abundante caudal de supercherías, embustes y simplezas que adivinos, espiritistas y astrólogos publican o susurran a diario, es leído, temido y obedecido por un número alarmantemente elevado de ciudadanos que en otras actividades se muestran perfectamente cuerdos y sensatos.

Entre los llamados científicos sociales abundan también quienes involuntaria o conscientemente identifican sus afanes por hacer inteligible la conducta de la sociedad con una necesidad más o menos vaga de dilucidar el futuro. Estas tendencias proféticas se ven claramente en algunas de las especialidades dentro de los estudios económicos. La preocupación eminentemente lícita por resolver los problemas del desarrollo económico está generalmente acompañada por un interés casi obsesivo por predecir el futuro. Los estudiosos de los problemas de planificación, desarrollo regional, programación y todas sus múltiples facetas orientan sus esfuerzos precisamente hacia la prognosis y se preocupan de la interpretación,

clasificación y ponderación del caudal de conocimientos que poseen acerca de la conducta económica y social del hombre en función de posibles normas direccionales futuras.

Las justificaciones más sencillas y procaicas de la historia incluyen también aquellas relacionadas con el deseo de conocer el futuro. Se trata de auscultar el pasado para encontrar tendencias, principios, leyes, regularidades, propensidades o cualquier tipo de indicador direccional que se preste para ser proyectado de una u otra manera hacia el futuro con más o menos posibilidades de predicción exitosa. La historiografía clásica nunca hizo misterios de esta intención. Tucídides explica que su *Guerra del Peloponeso* seguramente será útil durante muchas generaciones pues, debido a lo estable de la naturaleza humana, los hechos descritos se repetirán muchas veces en el futuro (2). La frase "la historia vuelve a repetirse" sintetiza el sentir de millones de seres humanos que buscan —y encuentran— paralelismo, similitud, semejanza, o sencillamente repetición exacta, en eventos históricos cronológicamente distantes. Esta frase también encierra la justificación más breve y elemental para los estudios históricos: conocer el pasado para resolver mejor los problemas del futuro. Aprovechar la experiencia de la humanidad del mismo modo que un hombre razonable utiliza su experiencia personal. En esta actitud está implícita la confianza de que el futuro se asemejará al pasado de una u otra manera.

Maquiavelo fué incluso más lejos. Sus escritos históricos se basaron en la creencia de

que la historia se repite en ciclos determinados por las combinaciones y recombinaiones kaleidoscópicas de los elementos constitutivos de la naturaleza humana. Para el historiador florentino, estos elementos no variaban y el número de combinaciones posibles era limitado, por consiguiente situaciones y encrucijadas históricas se repetían cada cierto tiempo. Además, dada la tendencia de todas las cosas complejas a desintegrarse —tesis aceptada universalmente por los pensadores de la época— existía en el pasado del hombre una época mejor, más integrada y perfecta que la presente. Esa época, para Maquiavelo, era la antigüedad romana. Todo estadista sensato e ilustrado, debería tratar de imitar las acciones de los romanos de antaño y sólo así podría reproducir, aunque fuera en parte, la grandeza de la Roma clásica en la Florencia del Renacimiento (3).

La justificación de la historia era —dadas estas tesis— extremadamente clara y positiva: se necesitaba estudiar el pasado para conocer la conducta de los grandes hombres, especialmente aquellos de la antigüedad romana, y así poder imitarla. Esta imitación tendría resultados altamente positivos ya que los problemas que estos individuos tuvieron que resolver en su oportunidad, se repetirían fatalmente en el futuro.

El Renacimiento no conspiró en contra de esta tendencia. Al contrario, aportando una intensa fe en la capacidad del ser humano, presenció una modificación fundamental en la actitud trascendente del hombre hacia lo divino y su reemplazo por una nueva trascendencia operacional que tenía que ver con la ingeniería de la historia. Es incluso permisible proponer que la noción tomista de la sociedad orgánica haya pasado por lo menos parcialmente a formar parte de los cimientos de esta nueva actitud

(2) Thucydides, *The Peloponnesian War*, trad. por Rex Warner, ed. Penguin Classics, Londres, 1954, págs. 5-6. Ver también, para una versión nacional de esta actitud, los escritos de Camilo Henríquez donde aparece el siguiente párrafo: "Las semillas de los sucesos futuros están comprendidas en sus causas morales y remotas: por su observación predice el filósofo las revoluciones que han de acontecer con su último desenlace. Es axioma establecido en la historia y la experiencia, que el estado en que se encuentra un pueblo en el momento de una revolución indica el paradero y fin que ella ha de tener". *Escritos Políticos de Camilo Henríquez*. Introducción y recopilación de Raúl Silva Castro, Santiago, 1960, pág. 186.

(3) La tesis de la imitación de Roma era tan fundamental en el pensamiento de Maquiavelo que incluso le llevó a rechazar el uso de las armas de fuego en la estrategia militar debido a que los romanos no las habían utilizado. Ver, Herbert Butterfield, *The Statecraft of Machiavelli*, London, 1955, págs. 39, 53-58.

del hombre hacia la historia. Los eventos de los siglos que siguieron no hicieron nada para alterar este rumbo. Cada nuevo descubrimiento científico, cada explicación del funcionamiento de principios o leyes naturales, hacía más firme el convencimiento de que el mundo terrenal es un todo integral, cuidadosamente ordenado en estructuras concéntricas relacionadas entre sí por fuertes lazos de causalidad. La mecánica inmutable del Universo; la certeza de la gravedad terrestre; el concepto de la eternidad cuantitativa de la materia y la descripción acertada de los numerosos ciclos cerrados que intervienen en el funcionamiento de lo que a fines del siglo XVIII se denominaba "naturaleza"; todos éstos fueron factores que reforzaron la confianza del hombre en la ciencia y en su capacidad eventual para conocer su medio, controlarlo y predecirlo.

El advenimiento del prolongado y complejo proceso mal denominado Revolución Industrial se sumó con sus éxitos ingenieriles, sus invenciones y adelantos técnicos a esta tendencia. Se llegó a creer que el vapor movería montañas y elevaría al hombre sobre las nubes —y en cierto modo ambas cosas ocurrieron.

Asimismo se pudo predecir con certidumbre absoluta la aparición o reaparición de algunos cometas, la sucesión de vientos, corrientes y mareas, la reacción de ciertos elementos químicos, el tiempo que demoraba —día más día menos— un vapor en cruzar al Atlántico y la cronología de los ciclos de reproducción vegetal.

Un mundo hipnotizado con los éxitos logrados en la aplicación de los nuevos descubrimientos científicos, no vió mayor problema en extender este tipo de metodología y expectativas al ámbito de las ciencias sociales.

¿Si el hombre era capaz de determinar exactamente la conducta del medio natural que le rodeaba; si era capaz de predecir los movimientos de los astros y de fabricar artefactos mecánicos complejos y maravillosos, por qué no podría con el mismo éxito pene-

trar los misterios de la acción humana individual y colectiva? El hombre aparecía como parte integral del universo, por lo tanto debía tener relaciones causales recíprocas con lo que le rodeaba. En un mundo ordenado racionalmente donde regía el axioma de causa y efecto, parecía perfectamente posible iniciar el estudio paciente de los determinantes de la acción humana, aislarlos y luego —utilizando rigurosamente el método científico en boga— deducir leyes y principios históricos y proceder a determinar los cauces de la acción del hombre en el pasado y en el futuro.

El deseo de predecir o controlar el futuro —ni el principal ni el único ingrediente de la tesis que presenta a la historia obediente a leyes y respetuosa de principios —se sumó a otros que le dieron un carácter francamente místico y trascendente—. Desde luego se debe mencionar la versión teleológica de la realidad. De acuerdo a ésta, el mundo de los hombres y el universo entero constituyen un solo complejo jerárquico y sistemático dentro del cual todo está incluido y cada cosa, evento o fenómeno tiene un lugar preciso que a su vez determina posición relativa, función, dirección, propósito y naturaleza. Las cosas, vivas o inanimadas, además de ser lo que son, o lo que parecen ser, poseen funciones, tendencias, propensidades o destinos que les otorgan valores direccionales y operacionales relativos al todo del cual son partes. Las naciones pueden, de esta manera, tener destinos manifiestos, funciones civilizadoras o tareas destructivas, del mismo modo como —en la antigüedad— el trueno, el rayo, las olas y las tempestades tenían atributos místicos y trascendentes.

Esta noción de la realidad tiene orígenes añejos que se pierden en la noche de la prehistoria, sin embargo, no escasean hoy día quienes adoptan actitudes políticas de importancia basadas en tan frágil fundamentación. No hace mucho hubo quienes en Chile se referían al destino de este país como potencia del Pacífico mientras que otros llevaron a gran número de seres humanos a la

muerte predicando la misión cultural de un pueblo europeo.

En la jerarquía teleológica, lugar implica función; conocer el lugar en el cosmos implica explicar la función y aceptarla como inevitable y determinada. Pueblos, familias e individuos no viven vidas caóticas sino que —como astros menores en un universo de carne y hueso— giran en órbitas determinadas por esta estructura de acuerdo a sus posiciones jerárquicas y a destinos inevitables, predeterminados y misteriosos.

El curso de la historia; los movimientos de los planetas sociales; obedecen —de acuerdo a esto— a principios y leyes perfectamente discernibles por el estudioso. Estas leyes, además de inmutables, son normativas y direccionales. De acuerdo a algunas de estas teorías, la historia “marcha” hacia arriba; de acuerdo a otras, hacia abajo. Algunos plantean la tesis de que el progreso es inevitable mientras que otros mantienen lo contrario —todas estas tendencias generosamente justificadas mediante referencias a correspondientes leyes y principios.

No escasearon quienes atribuyeron a esta marcha histórica, una capacidad misteriosa y justiciera que —aunque parece ser sólo cuestión de usos metafóricos— encierra un profundo convencimiento filosófico. Por ejemplo, se espera que la historia “reconozca méritos”, o que “vengue injurias”, “corrija errores” y castigue a los culpables luego de recompensar a los virtuosos. La historia —de este modo— preside como deidad sobre un mundo confiado en un proceso de justicia lento e inexorable. La acción humana pasa a constituir entonces, una fuente pretérita de nociones normativas para el futuro. Lo que la historia —como deidad— corrigió en el pasado; las virtudes que recompensó y las faltas que castigó; pasan a ser por simple proyección, virtudes y faltas en el futuro.

Esta trascendencia misteriosa, normativa, justiciera e inmutable que preside sobre los actos de los hombres se manifiesta a los grandes sacerdotes que son, en este caso, los his-

toriadores, y les permite asegurar que el destino de ciertas naciones es marchar hacia el este, mientras que el de otras es marchar hacia el oeste; que ciertos pueblos de ciertos colores tienen como tarea histórica borrar del globo a otros pueblos de otro color, lengua, costumbres o manera de comer. Grupos étnicos, geográficos o políticos buscan una dirección cierta en los pronunciamientos de esta historia trascendente, y la encuentran.

A estas causales generales se agregó desde fines del siglo XVIII la tendencia de los estudiosos de lo pasado a elaborar historias generales tanto universales como nacionales. Debe recordarse que el concepto moderno de erudición histórica, e incluso la metodología y actitud científica en este tipo de investigación, son de fecha reciente. Desde luego no anteceden a Ranke y Marx, para dar dos nombres importantes desde puntos de vista diferentes. En la ausencia de conocimientos detallados y sistemáticamente ordenados acerca del pasado, tanto los historiadores como los filósofos de la historia —tan populares entonces como hoy día— tenían que remitirse al examen y confrontación de versiones anecdóticas de la historia. Nadie puede sorprenderse de encontrar en la base de casi todos los estudios acerca de filosofía de la historia y todas las historias generales preparadas durante el siglo pasado, una acumulación de crónicas, leyendas, anécdotas y relatos amenos.

Examínese el material factual con que Hegel fundamentó sus explicaciones sobre filosofía de la historia y se verá que apenas bastaría hoy día para justificar una aventurada, mal hecha y decididamente errónea tesis universitaria. La incorporación de los aspectos sociales y culturales al análisis histórico científico corresponde a los historiadores económicos ingleses y alemanes de este siglo. Sin embargo, los apóstoles de las historias generales nunca tuvieron mayores reparos —y aún no los tienen— en publicar voluminosas narraciones que van desde la historia de cualquier nación en veinte volú-

menes hasta condensaciones portátiles de la historia del mundo.

El auge de las historias generales coincidió con una época en el desarrollo político occidental, en que se precisaban argumentos de tipo pseudointelectual para justificar una serie de particularidades de la acción política. Es concebible suponer que el romanticismo germano, la filosofía hegeliana, y el renacimiento del interés histórico-literario en las raíces culturales de esa nación hayan precedido al Zollverein y al imperio por pura casualidad (4). Pero a esta casualidad habría que agregar la de la Era Meiji en Japón y la *Historia del Gran Japón* del Príncipe Mito, y todo lo que esta historia simbolizó en su época; la de la expansión imperial y la literatura histórica de la primera mitad del siglo XIX en Gran Bretaña y muchas otras menos importantes. La verdad es que aunque esto no constituye una regla general, es posible observar que el concepto de historia general, con sus vaguedades, narraciones heroicas y frecuentes interpretaciones líricas y enaltecedoras del carácter nacional, no dejó de tener importancia política durante cierto período del desarrollo de occidente.

Las historias generales del siglo pasado —antes de Ranke y Marx— y también las de este siglo, son muy a menudo simples acumulaciones de datos dispersos e incone-

xos cuya ilación principal es el producto de la buena voluntad o el talento literario de sus autores. Falta el cemento conceptual para unir todas estas piedras de diferentes tamaños, colores y características. Si algunas de estas voluminosas obras dan la impresión de ser estructuras magníficas, lo son en el mismo sentido que un montón de piedras o de arena, visto desde lejos, da la impresión de ser una pirámide. No escapaba a los historiadores el hecho de que todos estos vistazos heterogéneos a la realidad; todos estos comentarios, opiniones y datos concretos revueltos, tenían que estar unidos con algo más que un hilo narrativo. Desde Newton la noción de la interrelación de los fenómenos naturales era un concepto aceptado. El universo era un todo complejo pero simétricamente ordenado en estructuras racionales y perfectamente identificables a través del método científico. Poco a poco, el estudio de la historia entregaría sus frutos en forma de leyes, principios, regularidades y finalmente, sería posible construir un gran esquema maestro; un plan universal, un programa total; una clasificación exhaustiva de lugares y funciones. La acción del hombre sería tan fácil de predecir como la reacción entre dos materias químicas o la caída de los cuerpos pesados.

Correspondió en general a los llamados filósofos de la historia —justa y duramente criticados por Ranke en su oportunidad— el elaborar estas hipótesis y plantear las correspondientes metas.

Fascinados con la idea de un universo limitado por reglas de causalidad, pero susceptible de ser conocido; sus líneas de conducta explicadas y determinadas y su futuro dilucidado, pusieron manos a la obra de analizar lo poco del pasado que conocían, tratando de percibir aquellas fantasmagóricas regularidades que formarían la base de los futuros principios y leyes de la historia.

No es difícil imaginarse el porqué de su fracaso. Incluso el más optimista y lírico de los historiadores de este siglo no pretendería determinar líneas o tendencias causales

(4) Aunque sería una casualidad altamente sospechosa ya que Hegel fué el intelectual de moda y el gran apologeta de Prusia. Por esto se ganó la enemistad personal y la virulencia escrita de Schopenhauer quien describió al historiador como "instalado desde arriba, por los poderes reinantes, como el Gran Filósofo oficial del régimen (aunque era) un individuo de cerebro chato, insípido, nauseabundo, un charlatán analfabeto que escaló la cima de la cima de la impudicia garabateando y publicando las más dementes y tontas mistificaciones. Estas tonteras han sido proclamadas ruidosamente como sabiduría inmortal por un puñado de discípulos mercenarios y han sido aceptadas por todos los tontos del mundo". Más adelante, refiriéndose al uso de la nueva filosofía de la historia por el estado prusiano, escribe: "Los intereses de los partidos (políticos) agitan las plumas de otros tantos amantes de la sabiduría. Pero la verdad es lo último que en realidad les interesa. La filosofía está siendo prostituida por el Estado, como una herramienta útil; por el otro lado, como un medio de enriquecimiento. Los gobiernos hacen de la filosofía una manera de servir los intereses estatales y los filósofos hacen de ella una actividad comercial cualquiera..." K. R. Popper, *The Open Society and Its Enemies*, Vol. II, págs. 32-33, London, 1957.

masivas, luego de un estudio superficial de fuentes históricas tan dudosas como lo eran —y siguen siendo— las crónicas, leyendas y narraciones que anteceden a la introducción de prácticas relativamente científicas en las investigaciones históricas.

Por lo menos uno de los resultados concretos de las actividades de los filósofos de la historia fué la reacción de Ranke y de la escuela de Göttingen, quienes, decididos a “rescatar a la historia universal de las manos de los filósofos”, pusieron gran énfasis en el carácter técnico de los estudios históricos, en la meticulosidad y erudición necesarias para el análisis y ponderación de las fuentes y en la prudencia que debía predominar cuando se trataba de hacer generalizaciones (5). La atención que los historiadores europeos de la segunda mitad del siglo XIX prestaron a las fuentes documentales; la meticulosidad y sobriedad con que prepararon sus trabajos, se deben en gran parte a esta reacción saludable. Debe recordarse que los filósofos de la historia eran descendientes espirituales y académicos de los teólogos de épocas anteriores. La preocupación de Hegel por estos problemas estaba mucho más cerca de la *Civitas Dei* que de la *Historia de los Papas*. Los historiadores de la escuela de Göttingen primero, Ranke, Acton y Marx más tarde, contribuyeron a marcar un cambio trascendental en la historiografía occidental que se puede fechar cerca de mediados del siglo XIX. Este cambio alejó a la historiografía de la teología y la filosofía y la acercó a la ciencia. En el entretanto, el desmoronamiento de las cosmologías de los filósofos y su reemplazo por la erudición de Göttingen y Ranke, había tenido lugar paralelamente con el desarrollo de la revolución industrial. El éxito palpable, impresionante y maravilloso de las ciencias físicas; la determinación aparentemente clara de un sistema estructural, concéntrico y definitivamente predecible en la naturale-

za física chocó, en primera instancia, con la destrucción del sistema que los filósofos y los teólogos habían elaborado para el mundo de la acción humana.

El contraste no pudo ser más claro y decididor. Incluso hoy día subsiste, al nivel popular, esa extraña sensación de desequilibrio entre lo que el hombre ha logrado en las ciencias físicas y lo que no ha podido conseguir en las disciplinas sociales; el mismo hombre que está tocando las estrellas, escudriñando lo más íntimo de la materia y resolviendo los problemas de la navegación interplanetaria aún no es capaz de eliminar las guerras, o crear una sociedad libre de las tensiones y enfermedades sociales que destruyeron otras culturas y sociedades durante los últimos milenios.

Pero incluso más importante, hacia mediados del siglo XIX, los descubrimientos de Darwin acerca del proceso evolutivo en la naturaleza ya habían pasado a ser parte integral de la herencia cultural de occidente: era imposible continuar manteniendo una diferenciación fundamental entre el ámbito de lo natural y el de lo histórico que databa prácticamente desde Vico y había sido la piedra angular de la actitud filosófica hacia la historia. La tesis usual consideraba que los fenómenos naturales ocurrían en ciclos cerrados que no envolvían procesos volitivos y que por lo tanto la naturaleza no podía tener historia. Al contrario, las acciones de seres pensantes ocurrían en ciclos cualitativamente diferentes que variaban por acumulación u otras causas, pero que nunca podían repetirse. Esta interpretación estaba claramente basada en la creencia de que la naturaleza no experimentaba ningún tipo de evolución interespecífica y que las jerarquías clasificatorias eran de carácter lógico e inmutable y no el resultado de un proceso cronológico.

Darwin destruyó este concepto por la base. Luego de aceptado el hecho de la evolución en la naturaleza, era indudable que la antigua diferenciación entre el ámbito natural y el histórico debía ser abandonada.

(5) Herbert Butterfield. *Men on His Past*, the study of the history of historical scholarship, Cambridge, 1955, pág. 103, et. seqq.

Incluso aceptando lo obvio —las piedras no piensan— no era posible continuar rechazando de plano la noción de que el hombre era parte integral de un universo causal.

Al impacto de la teoría de la evolución se sumó la tesis historiográfica del positivismo que estableció un paralelismo estrecho entre la metodología adecuada para el estudio de las ciencias naturales y aquella que debía ser usada en los estudios históricos.

El estudio sistemático de archivos y documentos, la preparación de monografías rigurosamente fundamentadas sobre aspectos limitados del pasado histórico, la acumulación meticulosa de datos históricos; todos estos elementos de la nueva historiografía corresponden a las medianías del siglo XIX y resultaron del impacto conjunto de la filosofía positivista y la labor especial de investigadores como Ranke y Marx. La noción positivista de las ciencias naturales reducía el método científico en primer lugar a la acumulación de hechos ciertos y en segundo lugar, a la construcción de generalizaciones y el descubrimiento de leyes, principios o regularidades basadas en esos hechos. Este método —que incluso en las ciencias físicas tiene limitaciones de importancia— fué aplicado con gran entusiasmo, por los historiadores de la época. Se acumularon cantidades enormes de datos meticulosamente clasificados y ordenados de acuerdo a rigurosas reglas de erudición. Investigadores dedicaron años a esta paciente tarea y el ideal de la literatura histórica —como indicó Collingwood— pasó a ser la monografía. De esta manera, la primera parte del método recibió atención preferente de los investigadores: la segunda corrió una suerte diferente. Pasaron los años y las leyes históricas, los principios y regularidades que debieron haber sido deducidos, abstraídos o discernidos de la vasta acumulación de información seguían sin ser formulados. Aquellos pensadores —como F. H. Bradley, por ejemplo— que se preocuparon de examinar esta anomalía, llegaron a la conclusión, poco grata para la tesis positivista, de que el

uso de este método adolecía de defectos fundamentales en cuanto a la adquisición de conocimientos históricos. En efecto, la tarea de recolectar hechos se planteaba muy claramente, pero restaba dilucidar el problema de qué era exactamente lo que constituía un hecho histórico. ¿Correspondía esta noción a la de hecho o evento en el mundo físico? Obviamente no. Los hechos conocidos en las ciencias físicas llegaban al investigador directamente. Los hechos históricos llegaban fatalmente a través de testimonios de testigos desaparecidos cuyas opiniones, descripciones o juicios debían pasar por el tamiz del examen crítico antes de poder ser considerados correctos. El hecho histórico no puede ser repetido para ser comprobado definitivamente; existe en la experiencia, pero sólo como fenómeno pretérito. Se incorpora a la experiencia total y presente solamente cuando es conocido, pero esto no es garantía de que sea correcto o significativo, sino que solamente de que es conocido. La historia es, por consiguiente, eminentemente empírica, pero esta calidad no garantiza de ninguna manera que los datos históricos sean verdaderos y que de su conocimiento y análisis se puedan deducir regularidades o principios.

Quedó en pie —por consiguiente— la duda de si la historia era susceptible de ser conocida y estudiada utilizando los métodos aplicables a las ciencias naturales. Sin embargo, la experiencia de la segunda mitad del siglo XIX dejó como valioso residuo, la incorporación definitiva de los aspectos sociales y económicos al análisis histórico, factores que hasta entonces habían permanecido inexcusablemente olvidados.

Pero las dudas que se plantearon en el ámbito filosófico acerca de la validez de la tesis positivista aplicada a la historiografía no detuvieron completamente el empeño de muchos por deducir, construir o intuir, mediante el uso de una metodología pseudocientífica, vastos sistemas históricos concéntricos, integrados, racionales y eminentemente susceptibles de ser conocidos por el hombre

que, a través de este conocimiento se vería en la envidiable posición de poder determinar el curso futuro de los acontecimientos. Volvía de esta manera por sus fueros, la antiquísima obsesión del ser humano por escudriñar el mañana. Basta mencionar los nombres de Spengler y Toynbee para ilustrar este aserto. Nuestros contemporáneos han buscado nuevas maneras de discernir tendencias, explicar rumbos e incluso atribuir destinos normativos a entidades históricas de nuevo cuño. Las categorías de "cultura" y "civilización" han pasado a reemplazar a otras usadas en el siglo pasado. Para Spengler, estas civilizaciones nacen, prosperan y desaparecen de acuerdo a ciertas tendencias cuasimísticas que tienen un parentesco estrecho con las usadas por Toynbee y también con aquellas utilizadas hace más de dos siglos por Vico. Sería injusto dejar de mencionar también al historiador Francisco A. Encina, quien muestra una tendencia marcada a utilizar en su análisis del pasado chileno, categorías, conceptos y causales extracientíficos aunque, obviamente, no de la misma complejidad o calidad imaginativa.

Uno de los factores responsables por la supervivencia de estas prácticas antihistóricas que, en efecto superaron los obstáculos filosóficos y lógicos que debieron haberlas detenido hace un siglo, tiene que ver con la impaciencia historicista. Los estudiosos de la historia se muestran algo impacientes ante los avances de las ciencias físicas. Desean ardentemente poder efectuar adelantos paralelos en su campo y llevados por un entusiasmo bastante inexcusable, tratan de construir sistemas clasificatorios, deducir relaciones integrales de causalidad históricas basándose en cimientos factuales que en el mejor de los casos son pobrísimos y en el peor, ni siquiera existen.

Los datos de los cuales un físico o un químico deducen regularidades, generalidades, leyes o principios científicos son exhaustivos y, consideración hecha del carácter especial de las hipótesis funcionales que rigen el concepto de conocimiento científico hoy día,

son evidentemente ciertos. Difícil tarea se le plantea a un historiador que pretenda llegar a obtener igual grado de certeza en la calidad de su materia prima e igual grado de rigor científico en la calidad de sus generalizaciones. Algunos estudiosos de la historia han decidido —en vista de estas dificultades— adoptar una actitud eminentemente escéptica y proclamar la imposibilidad de que la historia pueda alguna vez siquiera aproximarse a las categorías descriptivas y analíticas de las ciencias naturales. Otros han optado —con bastante razón— por indicar que el carácter del conocimiento histórico es fundamentalmente diferente de aquel que se tiene acerca de eventos físicos o por lo menos de aquellos que se utilizan como materia prima para las generalizaciones de las ciencias físicas. De ambas maneras, la historia abandona dos antiguas trincheras; se duda que pueda ser estudiada en absoluto, y luego se duda que el producto de estos estudios tenga utilidad práctica.

En el mejor de los casos, se sugiere una solución que guarda relación con el problema del conocimiento que el hombre tiene acerca de sí mismo. Para que el hombre se conozca, necesita establecer los límites de su capacidad, sus reacciones frente a determinados estímulos, de qué manera resuelve determinados problemas. Esta experiencia la guarda —o debería guardar— la historia. De ahí la importancia de estudiarla.

Esta proposición halaga los mejores sentimientos humanos y parece resolver de una vez por todas el problema del carácter y utilidad de los conocimientos históricos, sin embargo no satisface. ¿Significa, por ejemplo, la aceptación de esta solución, que el hombre nunca será capaz de lograr una comprensión eficiente de los fenómenos históricos?

Si esto fuera así, entonces debe concluirse que las fuentes de la acción humana son realmente misteriosas, no son susceptibles de ser conocidas y la base sobre la cual se generan y existen todos los otros procesos pe-



culiars de la vida humana, tanto cognitivos, como emocionales y científicos, está más allá de los límites del conocimiento humano.

Rechazar esta conclusión de plano parece tarea fácil, pero no lo es de ninguna manera. Incluso, es necesario recordar que si existe hoy día una tendencia general en la historiografía occidental, ésta se acerca más al escepticismo inteligente de Isaiah Berlin o de Oakeshott que a cualquiera de las multicolores variedades del optimismo profético —positivo o negativo— que han florecido durante los últimos cien años. Planteada la tesis determinista de una manera grosera, se puede construir una imagen del hombre como una marioneta suspendida por hilos susceptibles inclusive de ser conocidos y comprendidos por la marioneta. Es además posible imaginar que la marioneta humana llegue a comprender y dilucidar los principios rectores de la fuerza motriz de los hilos que la hacen bailar, pero todo este conocimiento y toda esta comprensión no bastan para que la marioneta deje de serlo. Esta imagen patética propuesta por Berlin en su brillante ensayo acerca de lo inevitable en la historia parece descartar definitivamente la posibilidad de que el ser humano llegue alguna vez a conocer su medio y actuar sobre él de manera fundamental, si es que la tesis determinista, superficialmente planteada, fuera cierta.

Si en un momento dado, el hombre consiguiera aislar y clasificar todos los factores determinantes de un evento socio-económico futuro, siempre le faltaría agregar un último factor: el conocimiento que posee acerca de los determinantes y la acción —o inacción— que necesariamente resultaría de ese conocimiento. Esto sin mencionar el azar, ya que el supuesto exige que el hombre conozca *todos* los determinantes, inclusive aquellos que pudieran resultar en actos o eventos clasificables bajo la categoría de azar imprevisible. En esta situación, el elemento dinámico y direccional lo constituye el imperativo moral que *a priori* imprimirá un

curso normativo a la acción del hombre. El universo causal que determina cualquier evento o sucesión de eventos históricos está, por esta razón, en constante expansión porque automáticamente, al conocimiento exhaustivo de los factores causales, se debe sumar un factor más que es el conocimiento que el hombre tiene de ese conocimiento y sus resultados probables. Aunque el grado de certeza en esa probabilidad sea extremadamente elevado, sólo una identificación absoluta con los resultados esperados llevará al hombre a adoptar una actitud pasiva, de lo contrario, de una u otra manera tratará de modificar los factores que conoce, ha clasificado y analizado, a fin de modificar el resultado indeseable.

Entonces el factor dinámico en la acción histórica no es necesariamente uno de los supuestos de la ecuación sino que aparece como una función directa del concepto que el hombre tiene de lo que es justo o injusto; de lo que es conveniente que ocurra o no; de lo que a él, como individuo, le parece apropiado o inapropiado. El acicate, el motor, el incentivo, tendrá más o menos efectividad o representará más o menos energía eficiente según sean diferentes los resultados esperados de aquellos que el hombre considera justos. Por esto, incluso el imperativo moral no se manifiesta sino hasta que la posible dirección de los eventos históricos pueda ser discernida. Desde este punto de vista es perfectamente posible considerar el presente como parte integral de un futuro que se deduce automáticamente, a diversos niveles de ilustración, con diversos resultados. La falta de satisfacción con un presente injusto, llevaría, por consiguiente, a los seres humanos a actuar con más o menos energía para modificarlo, pero el imperativo moral que resultaría de esta falta de satisfacción con un presente-futuro no se manifestaría sino en el momento en que el proceso de prognosis automática se concretara en conclusiones normativas. El individuo que no mide, de una u otra manera, el presente-futuro, con la vara de sus expectativas, esperanzas

o convicciones morales, no encuentra vacíos que llenar, direcciones que alterar o contenidos que enriquecer o reformar.

Este proceso llega, en última instancia, a constituir un problema de responsabilidad. El conocimiento exhaustivo y objetivo —dentro de lo posible— de los determinantes no excluye de ninguna manera la responsabilidad de cada individuo hacia sus congéneres y el presente-futuro que comparten. No es posible delegar la responsabilidad moral a las deidades históricas. Aquellos que obsesivamente buscan fórmulas inmanentes, tendencias incontrarrestables, direcciones normativas misteriosas o corrientes avasalladoras, terminan por encontrarlas y se suman a las fantasmales muchedumbres arrastradas en los torrentes históricos por ellos mismos inventados con la misma satisfacción del recluta que delega su responsabilidad moral en un sargento mayor o el ciudadano apático que deja las decisiones políticas en manos de los caudillos de turno.

Urge, en esta encrucijada, plantear, aunque sea de manera esquemática, algunas bases para analizar e interpretar de una manera más satisfactoria los conocimientos que el hombre tiene acerca de sí mismo a través de la historia.

En primer lugar, conviene dejar claramente establecido que no existen razones que justifiquen la creencia de que el ser humano habita un mundo cualitativamente separado del universo natural, que sus cualidades como ser capaz de actividad intelectual y de acción racional son extranaturales; que sus funciones no son susceptibles de ser conocidas científicamente porque el ser humano tiene una naturaleza mística, pseudo-mística, ininteligible, misteriosa o como sea que se quiera denominarla. No hay evidencia que permita suponer que exista una frontera que divida al ser humano y a sus acciones del mundo físico en que existe y en el que se desarrolla su acción. El hombre es definitivamente parte integral —y conscientemente integral— de un universo físico. Ni siquiera se puede considerar la no-

ción de que el hombre moderno, con todo su bagaje de aparatos conceptuales y mecánicos que le permiten adaptarse en forma eficiente al medio que le rodea, sea cualitativamente diferente del hombre primitivo que era, sin duda alguna, parte integral de su universo físico. La diferencia entre un hacha de piedra y un ciclotrón es puramente formal. Incluso, el hecho fundamental del proceso evolutivo de la naturaleza, pueda considerarse como parte de los factores que determinan los procesos históricos modernos; basta considerar que a la adaptación pasiva de un batracio que consiguió —mediante la selección natural— sobrevivir en un mundo que se secaba, ha sucedido en el tiempo, la adaptación activa de un ser humano que sobrevive mediante el uso de antibióticos, aire acondicionado, energía eléctrica o edificios sísmicos. Es incluso posible defender la tesis de que el hombre primitivo que adoptaba medidas para defenderse de las bestias feroces, de las inundaciones o de las sequías prolongadas, estaba dando los primeros pasos en una dirección que en nuestros días ha colocado al ser humano en el umbral de los espacios interplanetarios.

La adaptación activa e inteligente del ser humano no es, además, un fenómeno abruptamente divorciado de los procesos de adaptación corrientes en la naturaleza. Desde luego, la distancia formal que media entre un Premio Nobel y un aborigen de Nueva Guinea es tan respetable como la que separa a ese aborigen de un chimpancé, un perro o un castor. Si el mecanismo de adaptación y sus gradaciones cualitativas va a ser un criterio de importancia en la decisión acerca de la integración del ser humano al universo físico, entonces cabe poca duda de que el hombre es parte integral de tal universo.

Aceptado este hecho —y hay quienes no lo aceptan (6)—, es necesario pasar en segundo lugar a determinar si acaso este uni-

(6) Para mencionar sólo a dos contemporáneos distinguidos, he ahí la posición de C. E. M. Joad y de sir Isaiah Berlin.

verso es o no susceptible de ser conocido por el hombre. En esta proposición, también hay terreno escabroso por recorrer. Dejando de lado las sutilezas epistemológicas que necesariamente deberían ser consideradas en este caso y que —con suerte— serán consideradas en un futuro ensayo, se puede proponer que no hay razones de peso para suponer que existe una realidad trascendente, misteriosa y sobrenatural que por definición, naturaleza o designio escape al escrutinio inteligente del hombre. Aquí no basta decir con Joad, que hasta ahora el hombre ha fracasado en su intento de llegar a comprender —ni hablar de analizar o clasificar— los determinantes de la acción humana en la historia. La ignorancia de un hecho no califica al hecho, sólo califica al ignorante. Tan ignorante de las causas de la acción histórica era el hombre como acerca de los determinantes de sismos, meteoros, eclipses y auroras boreales, si no más ignorante. Sin embargo, el lento proceso acumulativo, progresivo —aunque no inevitable— del conocimiento científico ha ido ampliando el horizonte de lo conocido con una eficiencia que debería por lo menos dejar el germen de la duda firmemente plantado en la mente de quienes no creen en la capacidad de la mente humana para hacer inteligible el mundo en que viven.

Es aventurado hoy día hablar de leyes de la naturaleza, más exacto y más conveniente es referirse a hipótesis funcionales. Actuamos en función de ciertas hipótesis que, mientras nuestros actos resulten exitosos, son consideradas ciertas. Cuando fracasen, será el momento de variar las hipótesis. Bajo esta visión elástica deben caer tanto la ley de gravedad como la noción que tiene el ser humano de la constitución interna del átomo o de la naturaleza de los cuerpos celestes. A fin de llegar siquiera al planteamiento de estas hipótesis funcionales que han regulado de manera extraordinariamente eficiente el complejo proceso del avance científico en la física, química, astronomía, etc., el hombre de ciencia ha debido contar

con antecedentes exhaustivos, ciertos y abundantísimos. Sin ellos, hubiera sido imposible siquiera empezar a establecer generalizaciones útiles. El historiador no dispone de ninguna manera de este material. El científico sólo utiliza aquellos datos preparados expresamente para ser usados en trabajos científicos. No se fía de leyendas, cuentos, crónicas ni rumores acerca de la naturaleza del carbono o de la extensión de los campos magnéticos. Diferente es la situación del historiador o de cualquier estudioso de las disciplinas sociales. Su materia prima incluye elementos francamente inútiles que —desgraciadamente— en algunos casos forman la parte gruesa de la evidencia histórica. Mirada desde este punto de vista, la historia sólo podrá avanzar hacia un *status* medianamente científico cuando la tarea de la recolección de datos esté científicamente organizada en el presente a fin de que los estudios futuros tengan una materia prima eminentemente útil para poder trabajar. Por esto, tanto como el estudio de documentos antiguos, es responsabilidad del historiador, preocuparse de que la recolección, clasificación y preservación de datos contemporáneos en bibliotecas, archivos y otros repositorios, sea lo más exhaustiva y eficiente posible.

De aquí al tercer punto. Establecida la calidad del ser humano como miembro integral del universo físico y planteada su capacidad para conocerlo eficientemente hay que agregar que el examen más superficial del problema lleva a la conclusión de que el conocimiento eficiente de este universo se hace cada día más factible debido al perfeccionamiento de la capacidad cognitiva, acumulativa y sistemática que ha desarrollado el hombre. El ser humano no solamente tiene hoy día buena memoria, tiene además una memoria sistemática, factible de ser organizada en sistemas clasificatorios y operativos de increíble complejidad y eficiencia: he ahí la cibernética y todo lo que esa técnica significa. Al convencimiento de que los determinantes de los eventos son complejos ha seguido el perfeccionamiento

de métodos para incorporar al bagaje de la experiencia humana el conocimiento detallado, exhaustivo e integrado de cuanto complejo factor mensurable pueda ser determinado como causal en un fenómeno dado. El perfeccionamiento mnemónico del género humano ha sido uno de los factores más importantes en los avances científicos y tecnológicos de los últimos tres siglos. Hoy día la acumulación eficiente de experiencias y su transmisión; la traducción de observaciones a categorías mensurables e inteligibles universalmente son factores fundamentales en la adaptación activa del hombre a su medio. Quizás esté precisamente en la memoria del ser humano la clave de su aparente diferenciación cualitativa del resto de la naturaleza. Un proceso de acumulación exhaustivo y automático establece por su sola existencia líneas de causalidad más directas y más eficientes que las que hubieran existido en su ausencia.

Además de facilitar la tarea de conservar, clasificar y transmitir los resultados de experiencias, las nuevas técnicas mnemónicas y bibliográficas —que incluyen desde una buena biblioteca hasta la organización de sociedades científicas y la publicación de revistas eruditas— han dejado abundantemente en claro el hecho de que los determinantes de la acción humana no son sencillos sino sumamente complejos; existen simultáneamente; reaccionan y están interrelacionados de tal manera que el sólo hecho de aislarlos les resta calidades fundamentales.

En otras palabras —y esto introduce el cuarto punto de esta argumentación— las causas de la acción histórica no forman parte de un esquema cronológico lineal, sino que integran un universo causal que parece imposible de ser subdividido. Además, este universo se encuentra en franca expansión como resultado del proceso acumulativo determinado precisamente por la utilización de las técnicas mnemónicas mencionadas más arriba. El gran imponderable entre los determinantes de la acción futura ha llegado a ser el conocimiento que el hombre po-

see acerca de sí mismo y de su medio. Este conocimiento aumenta constante e irregularmente en todas direcciones y su acumulación sistemática determina a su vez cambios cualitativos en la ponderación, importancia y efectos generales que puede tener sobre otros factores del universo causal. Si al bagaje de conocimientos estrictamente científicos se agregan los prejuicios, temores, esperanzas y rencores que forman parte innegable de las decisiones humanas, se comprenderá hasta qué punto es difícil a corto plazo concebir un sistema de prognosis basado en categorías mensurables, abstraídas de este cúmulo de experiencias.

El universo causal que determina la acción histórica y que incluye el conocimiento —parcial o total— que el hombre tiene de estos determinantes, esta es constante expansión y no es del todo descabellado establecer un paralelo entre esta expansión y aquella que parece estar experimentando el universo físico del cual forma parte nuestro planeta. Esta proposición es francamente discutible, pero prefiero dejarla planteada de todas maneras. A pesar del hábito generalizado y en boga de atribuir a ciertos movimientos políticos normas direccionales coincidentes con aquellas de la Historia (con una enfática mayúscula), es muy dudoso que el universo causal determinante de los eventos históricos no sea absolutamente objetivo. Las direcciones que puedan atribuírsele son generalmente el resultado de observaciones *a posteriori*. El mismo Bismarck mantenía que “Los eventos son más fuertes que los planes de los hombres”, sin embargo no estaba lo suficientemente convencido de su *dictum*, pues no vaciló en aplicar la política de *ferro et igni* a fin de asegurarse de que estos eventos seguirían la dirección que a él le interesaba. Más breve, decidor e igualmente claro es el consejo aquel de “A Dios rogando y con el mazo dando”. Parece, en resumen —y esto constituirá una quinta proposición— que el elemento direccional en el desenvolvimiento de los determinantes históricos tiene tanto, o más, que

ver con el diagnóstico y la acción resultante de los seres humanos que los viven como con la dirección de la suma de sus tendencias. Si es que esa suma *a priori* tiene algún carácter, este no es bueno ni malo, sino sencillamente objetivo. Son los seres humanos los que, al analizarlo e interpretarlo, lo colorean y tratan de modificar de acuerdo al imperativo moral que han aceptado. La objetividad del universo causal no presupone ni exige la objetividad de los observadores de ese universo. Nuevamente es un caso del objeto observado inocente de la calidad del observador.

Estas cinco proposiciones generales, sirven, además de marco, en mi opinión, al problema fundamental de la responsabilidad humana. Brevemente se podría describir como un problema de la responsabilidad del historiador hacia su tema y para con sus semejantes.

A pesar de que el ámbito de lo conocido está en constante expansión y de que el estudioso de la acción humana pretérita tiene a su disposición mejores y más exhaustivos métodos para clasificar, ponderar y recordar los determinantes de esa acción, no cabe la menor duda de que parte importante de lo que el historiador debe usar como evidencia está constituida por puntos de vista limitados, subjetivos, distorsionados y, en general, irrisoriamente insuficientes. Con este material limitadísimo, el historiador debe tratar de interpretar el pasado adecuadamente. Para solucionar este problema no basta de ninguna manera que se refugie en la fortaleza de su supuesta objetividad y alegue imparcialidad consciente frente a los hechos que debe examinar. El historiador es inevitablemente responsable: el suyo es —en este caso— el único criterio. El es el único juez que determina qué aspectos, versiones, documentos o puntos de vista deben ser descartados y cuáles deben ser seleccionados para el análisis final. El historiador se enfrenta a eventos cuya naturaleza es indudablemente objetiva, pero él, como observador, no puede serlo. Su mente, sus prejuicios, su

capacidad intelectual, sus temores, sus esperanzas, el bagaje de conocimientos que posee; todos constituyen sumados, una especie de lente imperfecto a través del cual otros seres humanos deberán necesariamente observar el pasado y actuar en función de él.

Cada época ve el pasado con ojos diferentes porque cada época nutre a sus historiadores de manera diferente. Cada evento —y mientras más controversial más claramente se observa esto— es interpretado de tantas maneras diferentes como historiadores de diferentes generaciones se dediquen a examinarlo. Cada época tiende a actuar incluso, sin notarlo, en función de la versión que sus historiadores le entregan de los determinantes de la acción histórica y sus consecuencias. Es muy posible que en el futuro las técnicas históricas lleguen a perfeccionarse lo suficiente para dar a la tarea del historiador la certidumbre de lo científico, pero actualmente la historia más que una gran ciencia es una gran responsabilidad. Lo que la historia no tiene de científico como disciplina intelectual y cuerpo metodológico, lo debe poner el historiador de su parte. No es necesario insistir en una identificación de la historia con las ciencias físicas, la aparente deficiencia puede ser salvada con creces insistiendo en que el historiador mantenga una actitud científica hacia su tarea.

Específicamente, la responsabilidad social del historiador tiene que ver con el rigor científico con que se enfrenta a sus fuentes. Cada estudioso de la historia, de todas maneras, como hijo de su época, verá los eventos del pasado con ojos diferentes de aquellos que le precedieron. Asimismo, intereses nacionales, medio ambiente social y económico y otros factores obvios de este tipo, se sumarán para que el estudioso interprete la información que posee de una manera acorde con lo que su generación estima conveniente y correcto. Los eventos históricos poseen infinidad de facetas y es pueril creer que en unas pocas páginas o volúmenes de historia se puedan describir exhaustivamente. Inevitablemente el historiador debe proce-

der a hacer una selección rigurosa de su material y en cada generación son diferentes los aspectos que descarta y aquellos que utiliza. Ciento cincuenta años atrás, un historiador europeo que hubiera tenido delante de sí varios miles de volúmenes de documentos acerca de los últimos años de Bizancio, seguramente había concentrado sus esfuerzos en descifrar y utilizar aquellos que versaban sobre aspectos políticos y religiosos mientras que no es improbable que un historiador de nuestra época se mostraría igualmente o más interesado en encontrar documentos que dieran luz sobre la actividad económica y la vida social de esa época.

Pero en este simple proceso de selección y en la interpretación de aquellos hechos y documentos seleccionados está el peligro de distorsionar, incluso subconscientemente, la evidencia a fin de satisfacer necesidades, orientaciones o anhelos planteados *a posteriori* y que necesitan de cierta corroboración erudita —a través de la historia— para dar mayor autoridad a sus manifestaciones y postulados.

Las categorías de la acción y el pensamiento político son, en el último análisis, abstracciones de la experiencia histórica. Este hecho explica en parte —aunque no la justifica— la tentación de algunos historiadores por dar a su labor de investigación un carácter positivo y ejemplarizante, incluso, corriendo el riesgo de distorsionar la evidencia y su interpretación.

Dudoso favor haría un físico nuclear a sus colegas y a sus contemporáneos si entregara conclusiones experimentales falsas con el pretexto de levantarles la moral o hacerles más expedita la tarea de acelerar sus trabajos. Tal conducta, lejos de adelantar las investigaciones, las obstaculizaría notablemente. Igualmente negativos son los resultados de investigaciones históricas cuyas aristas y complejidades se suavizan para no herir susceptibilidades nacionalistas o mantener vivo el entusiasmo en ciertos sistemas de acción política.

Sin embargo, a pesar de estos hábitos cla-

ramente nocivos, no hay justificación para adoptar una actitud pesimista frente al problema de dilucidar científicamente el pasado histórico. El obstáculo más formidable en la resolución de este problema reside en la complejidad de los determinantes; en las dimensiones del universo causal. Este es un problema, además, lo suficientemente complicado para echar por tierra todos los intentos, exageradamente impacientes, de discernir la totalidad de la verdad histórica. Pero éste no es de ninguna manera un obstáculo insalvable. Es cierto que poco o nada se hace actualmente en el campo de la historia que justifique el optimismo más moderado en esta dirección, pero asimismo no hay razones que descarten la posibilidad de que el hombre pueda conocer, clasificar, analizar e interpretar científicamente los múltiples determinantes de la acción histórica. Desgraciadamente, el exceso de celo y la impaciencia de algunos estudiosos ha resultado en la fabricación de esquemas generales que pretenden encerrar la realidad histórica en ingeniosas estructuras concéntricas e integradas que deben más a la inventiva de sus autores que al análisis científico de lo pretérito. Estos esquemas gozan de gran popularidad que tiende a desaparecer tan rápidamente como se genera debido al juicio severo de los acontecimientos que hasta ahora han rehusado obstinadamente aceptar la camisa de fuerza impuesta por estos eruditos, así se llamen Spengler, Toynbee o Rostow.

Un gran paso adelante podría darse por aquellos que se preocupan de estos problemas, si haciendo acto de contrición intelectual, aceptaran como campo de investigación solamente el pasado y abandonaran por ahora sus anhelos, bien intencionados quizás, pero igualmente ilusorios, de competir con astrólogos, gitanas y charlatanes en la difícil tarea de predecir el futuro. Si se quiere hacer prognosis, entonces la única manera de llenar el vacío que necesariamente queda en la determinación de los factores causales de los eventos históricos es utilizando las he-

rramientas francamente anticientíficas generalmente clasificadas como intuitivas. En este campo, poetas y artistas hacen la tarea mucho mejor que los historiadores y constituiría impertinencia pretender desplazarlos. El historiador debe dominar su impaciencia, abandonar los proyectos grandiosos para reconstruir esquemas cósmicos con el mazo de naipes incompleto de que dispone

y armado de una actitud rigurosamente científica, revisar fuentes documentales, clasificar y analizar causales desde el plano de objetividad responsable sancionada por nuestra época. Solamente de esta manera podrá entregar a sus contemporáneos versiones ciertas e interpretaciones correctas de lo preterito que puedan fundamentar una acción humana eficiente y fructífera.